

mundo, aquel pasmoso talento improductivo de la familia Bueno de Guzmán; la ordinaria tragedia del abuelo en «Miau», la misericordia inmensa del cándido corazón de Benigna... ¿A qué tratar de repetir los nombres de cada uno de los hombres y mujeres que pueblan sus obras, si las hay que parecen ciudades? Hombres y mujeres que fluctúan entre el vicio y la virtud, que ríen y lloran como sólo las criaturas de Nuestro Señor saben hacerlo!

Luego estos rumores se ahogan en el estampido del cañón, toques de clarín, lamentos de moribundos e imprecaciones de los héroes de los «Episodios Nacionales» que nada tienen que envidiar a los de Homero. Es Trafalgar: Churruca que se desangra, el Santísima Trinidad que se hunde; Zaragoza, Palafox, Godoy, la reina

María Luisa con su alma perversa de manola, como si hubiese abandonado el lienzo de Goya para venir a pasear su desenfreno por estas páginas; Bailén, El 2 de mayo, El Empecinado, Los Arapiles, Carlos IV, Fernando VII....

Qué amalgama de astros, nieve, lodo y sangre! Por todas partes serpientes que se arrastran y águilas que emprenden el vuelo!

Y entre tanto horror, el suave encanto de Inesilla hace pensar en la luna nueva sobre el cielo que cubre un campo de batalla; y el candoroso heroísmo de Gabrielillo, en el gorjeo del gorrión que se posa en la boca del cañón vigilante en lo alto de la torre de una fortaleza.

CARMEN LIRA

Febrero de 1920.

Un punto de vista americano

HAY en los Estados Unidos, como en toda tierra en donde respira el hombre, conciencias rectas que ponen la justicia por sobre toda otra consideración. Una de esas conciencias vive en un ciudadano americano, corresponsal de *The World*, de quien infortunadamente no conocemos sino las iniciales: firma H. G. S., en Detroit, el 8 de Setiembre una carta que titula «Las Reservas y Méjico».

Aplica el calificativo *Reservas*, a las que pidieron algunos Senadores Republicanos de los Estados Unidos para que la Doctrina Monroe, reconocida en la Liga de las Naciones, fuese más explícita y más coercitivamente definida en contra de las Repúblicas Latinas de América.

Con ese motivo, el corresponsal de *The World*, americano y todo, adopta el mismo punto de vista que asumimos nosotros días ha, que publicó *Colombia* y que no quisieron contemplar ni el Gobierno ni el Congreso de nuestra patria. En este caso resulta que el yankee vela mejor por los intereses colombianos—idénticos a los mexicanos—que muchos y muy distinguidos compatriotas. Dice, entre otras cosas, éstas:

«Me he interesado especialmente en la cuarta *Reserva* (la relativa a la Doctrina Monroe) cuyo verdadero título, me parece, debía de ser: *El rapto de Méjico*. La Doctrina Monroe fué formulada con un propósito definido; pero ahora resulta que si nos adherimos a la Liga, el problema de si tal o cual cuestión cae o no bajo el control de esa Doctrina, es asunto que debe decidirse únicamente por los Estados Unidos. Esto se parece a algunas de nuestras famosas cartas de privilegio, expedidas en tiempos pasados, con las cuales una Corporación podía hacer lo

que quisiera, sin traspasar los límites de las cartas—las cuales no tenían límites—.

Qué oportunidad para ir a México, limpiarlo, expropiar sus tierras y poner en regla todos sus títulos dudosos! Con las *Reservas* adoptada es inútil que México acuda a la Liga, porque puede ocurrir que no se le permita ampararse a ella, en razón de la *Reserva* misma. No se necesita incomodarse por saber si la acción intentada por México es tan clara como la luz del día, y aunque nadie lo ponga en duda, basta simplemente que digamos que cae bajo la Doctrina Monroe y que está cubierta por la cuarta *Reserva*. Esto es peor que el monte con tres cartas, porque en el juego hay la posibilidad de que acuda la policía, pero aquí no puede intervenir porque nosotros somos los únicos jueces en cuanto al alcance y significado de la Doctrina...

Ya podemos comenzar a comprender las razones de los sentimientos de Carranza contra los americanos, y por qué el peón mexicano empieza a dar indicios de odio contra este país. No podríamos asegurar que estén ciegos».

Ojalá el Ejecutivo colombiano, autorizado por el Congreso para adherirse a la Liga de las Naciones, antes de hacerlo medite estas opiniones de un hijo de los Estados Unidos, y especialmente estas palabras, casi idénticas a las que nosotros habíamos escrito: «Con la *Reserva* adoptada (y aun sin la *Reserva*: basta con el Art. 21 de la Liga) es inútil que México (o cualquier república hispanoamericana) acuda a la Liga, porque puede ocurrir que no se le permita ampararse a ella, en razón de la *Reserva* misma o del artículo 21».

C. E. RESTREPO

(Colombia, Medellín).

Cloto, Láquesis, Atropos y el Viajero

*¡Hilanderas, hilanderas,
que tejéis el blanco lino
de los campos del Señor!
¡Viejecitas hechiceras,
hilad siempre los destinos
de los hombres, con amor!*

*¡Vuestras manos sean ligeras
al torcer el débil hilo
del vivir!*

*¡Aprestad vuestras tijeras
y que corten con buen filo
mi existencia, al concluir!*

Cloto, la primera parca
sin dejar de hilar contesta
desde su silla de plata:
«Tengo el copo entre las manos;
de aquí sale toda vida
que ha de ser.
El Señor de los Arcanos
me da la hebra bendecida
a tejer!

*Y los hilos van saliendo
de mis manos, desiguales,
unos flacos, otros fuertes...!
Mi deber es ir tejiendo
y si salen desiguales
¡oh mortales! ¡es la suerte!»*

Láquesis, la otra hermana
desde su silla de oro,
dulcemente, así le habla:
«Le doy vueltas a mi rueca
donde el hilo se hace fuerte
y resistente!

*Acaricio con mi seca
mano, el hilo del viviente
que no advierte
al salir de entre mis manos,
lo perfecto de la trama
bien urdida!*

*¡Yo les doy a los humanos
todo el largo que reclama
el empleo de sus vidas!»*

Y Atropos la más blanca
cuya silla es de diamante,
le dice con voz cascada:
«Recogiendo en un ovillo
los hilos que se han hilado,
vivo yo.
Mi trabajo es tan sencillo
que aunque ciega me he quedado
lo hago yo.

*Mis dos hermanas ligeras
me avisan cuando terminan
una existencia de hilar,
y yo cojo mis tijeras
que nunca se desafilan,
porque ha llegado el momento de cortar!*

«Y aunque me tiembla la mano
no puedo hacer otra cosa!...
El Señor
destinó a mi débil mano
esta misión tan piadosa
de su amor!»

El Viajero así les habla,
al partir de su palacio
de la luna, donde se halla:
«¡Hilanderas, hilanderas,
proseguid vuestra tarea
sin cesar!

*Que en vuestras manos ligeras
mi vida, de seda, sea
no difícil de cortar!
¡Hilanderas, hilanderas
que se cumpla mi destino!...
¡Aún os falta mucho lino
por hilar!»*

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, 1920.